

Francisco Contreras



# Sonetos de Jesús crucificado

verbo divino

# Sonetos de Jesús crucificado

Francisco Contreras Molina

Sonetos de  
Jesús crucificado

*evd*

# Índice

INTRODUCCIÓN . . . . .	7
Confesión . . . . .	7
En la fe de la Iglesia . . . . .	11
Estructura del libro . . . . .	17
Expresión literaria: sonetos . . . . .	19
Sonetos en un contexto . . . . .	21
<i>Sonetos de Jesús crucificado</i> y sus fuentes . . . . .	23
PRÓLOGO . . . . .	33
Por quererte hasta la muerte . . . . .	35
Lo mismo que te amé, así te amara . . . . .	39
PRIMERA PALABRA . . . . .	43
Mis brazos siempre abiertos . . . . .	45
Judas, amigo mío, ¿a qué has venido? . . . . .	49
Más florece el perdón con que te espero . . . . .	53
SEGUNDA PALABRA . . . . .	57
Tú que fuiste ladrón arrepentido . . . . .	59
¿Qué has hecho del amor que yo te he dado? . . . . .	65
Si hablan vivas, en flor, ensangrentadas . . . . .	69
Yo soy Jesús, a quien tú crucificas . . . . .	73
Bájame de esta cruz donde me han puesto . . . . .	77
TERCERA PALABRA . . . . .	81
Ahí tienes a tu madre y madre mía . . . . .	83
Madre junto a mi cruz . . . . .	87
CUARTA PALABRA . . . . .	91
Desde lo más profundo alzo mi grito . . . . .	93
<i>Eloí, Eloí, lammá sabaktaní?</i> . . . . .	97

# Introducción

## Confesión

Confieso que durante muchos años de mi vida, en especial estos últimos, he experimentado y siento una atracción irresistible hacia Jesús en la cruz. El corazón tira de mí, me arrastra con mucha fuerza hacia su contemplación y meditación. Me paso largos ratos delante de su imagen, mirando al Señor crucificado y dejándome mirar por él. ¡Cuánto he deseado, entonces, entre otras ansias, poder ir al lugar mismo del Calvario y estar allí donde Jesús fue crucificado por nosotros!

La providencia de Dios, que es buena y escucha nuestras más sinceras aspiraciones, me ha permitido acudir tres veces a Tierra Santa. Para cualquier cristiano resulta un privilegio poder visitar, pisar y besar la tierra en donde Jesús ha nacido, vivido, muerto y resucitado. En las tres ocasiones he podido ir –de otra manera no lo habría conseguido– como guía-responsable de un grupo de peregrinos cristianos. Con todos ellos he compartido generosamente el entusiasmo de nuestra fe y la comunión festiva entre los hermanos que se aman. Al hacer memoria, estoy suscitando otro nuevo motivo de gozo y de acción de gracias al Señor.

En esta última ocasión –año jubilar del 2000– Dios me ha concedido el inmerecido regalo de estar durante

una noche –¡toda una noche entera!– en la iglesia del Calvario y del Santo Sepulcro, el lugar donde fue crucificado y sepultado nuestro Señor Jesucristo, donde también resucitó gloriosamente.

Bien sabe Dios cómo soñaba con tan prolongada estancia y que, más allá de otras aspiraciones legítimas, sólo albergaba esta íntima ilusión inmensa: poder quedarme una noche con el Señor, sin el estruendo habitual, sin el bullicio de ruidos y prisas, plantado en la oración y en el silencio, a la vera del Calvario. Él me dio esa noche, con él estuve. Escuché hasta el canto del gallo (tal vez a la misma hora en que lo escuchó san Pedro, a las 4.15 de la mañana). Esa noche ha sido para mí la culminación de un largo camino, que vengo recorriendo desde hace ya bastante tiempo.

En un momento de gracia, sagrado, pude escribir unas líneas. Quiero dejarlas aquí transcritas, tal como brotaron. Son una ferviente oración al Señor, que me salió espontánea del corazón:

«Señor, estoy aquí, en el monte Calvario, donde tú fuiste clavado en la cruz; estoy junto a ti, mi Señor crucificado.

Desde hace ya muchos años, tú me has dado una gravitación hacia tu presencia de Crucificado. Veo una imagen tuya, clavada en la cruz, y se me van los ojos y el alma hacia ti.

Mirándote, a mí también se me llena el corazón de estremecimiento, y los ojos de lágrimas, al contemplarte en el mismo lugar, en el Calvario, crucificado por todos los hombres y por todas las mujeres del mundo, también por mí, indigno y pecador. Hoy, has querido concederme esta noche, acompañándote, permane-

ciendo en vela contigo ¡Gracias, Señor! ¡Qué generoso eres conmigo!

Aquí estoy, Señor, junto a ti, en la fe y en la noche.

He venido también con una ilusión muy grande: presentarte la esperanza de una obra que tú me has inspirado: poder escribir tus sonetos, *Sonetos de Jesús crucificado*. Para que puedas proclamar y gritar al mundo tu misericordia desde la cruz. Porque hay en tu corazón traspasado tanta riqueza de amor, tantos tesoros ocultos..., y veo, por otra parte, que la humanidad está sedienta... Yo me quemo por dentro, sufro al ver tanta hambre y sed, y tan cerca la fuente del agua de la vida, que eres tú, mi Señor. ¡Quiero hacer algo con urgencia, remediar un poco tanta necesidad!

Siento muy hondo que has querido ponerme como un instrumento tuyo, para que diga tu Palabra de amor al mundo, para que sea como tu boca y tu corazón.

¿Y quién soy yo, sino el más pequeño y el más insignificante? En muchas ocasiones he querido rebelarme contra este sentimiento. ¿Cómo voy a hablar en tu nombre, cómo usurpar la Palabra del Crucificado, cómo emplear versos que salgan de tu corazón, sabiendo muy bien cómo es el mío, tan miserable y mezquino...? Pero siento una fuerza avasalladora bullir dentro de mí, tan poderosa que acalla mis dudas y me empuja a seguir esta inspiración.

Si tú quieres, Señor, aquí estoy: pondré mis energías, mi sensibilidad, mi esfuerzo..., todo lo que soy y lo que tengo para hacer esta obra.

Tú lo sabes todo. Me conoces a fondo. Ya sabes quién soy yo: soy Francisco, el hijo del Corazón de tu Madre, María, “la esclava del Señor”. Mírala a ella, y

en ella mírame a mí: “Hágase en nosotros según tu Palabra”. Cuento con la ayuda de nuestra Madre, que ella guíe mi mano.»

Estas palabras son una íntima confesión de fe, y constituyen mi declaración de intenciones. Expresan con sincera transparencia cuál es mi objetivo al presentar este libro.

En los sonetos habla Jesucristo, el Crucificado. No hablo yo, o mis sentimientos de adoración, o de pecado, o de arrepentimiento...

Tal es la nota original del libro, cuya peculiaridad es preciso recalcar. El poemario no toma como referente y centro de focalización nuestra piedad o impiedad humana, sino el lugar personal de Cristo. El Crucificado no se convierte, pues, en el objeto de nuestra devoción o advocación, de nuestra contemplación..., como ocurre tradicionalmente en la poesía religiosa, sino que es él mismo quien absolutamente habla e interpela, se erige en sujeto protagonista de toda la secuencia: nos mira y habla al corazón.

Es Jesucristo, en definitiva, el Dueño y Señor de la Palabra. Con su honda interpelación se dirige a nosotros; a mí, a ti, lector... Nos revela intensamente los designios de su corazón traspasado; nos colma con la elocuencia de su dolor callado; nos ofrece el don impercedero de su amor, y nos comunica su vida eterna. También se queja y nos echa en cara nuestro olvido y nuestro desdén.

Porque la cruz de Jesús es también «juicio» («*krisis*»): «Ahora es el juicio de este mundo; ahora el Príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,31-32).



Ante la cruz, cada uno se enfrenta a su propia responsabilidad. Se dictan las más radicales decisiones: el buen ladrón se convierte; el otro sigue cerrado en su obcecación; Pedro llora amargamente y se convierte, pero Judas no quiere mirar a Jesús, no se arrepiente... La cruz de Jesús escenifica la parábola del juicio final (Mt 25,31-46): la separación de ovejas y carneros según la libre opción que se adopte en favor o al margen de Jesús crucificado, presente entre los hermanos más pobres.

Tengo que confesar que si como poeta he buscado alguna vez una ambición, si he deseado una gloria, si he corrido sediento detrás de una ilusión..., ahora me siento recompensado y premiado con creces, enaltecido hasta donde no podían sospechar ni siquiera mis más altos sueños. Toda mi ansia de grandeza está colmada; mi aspiración poética, cumplida. ¡Qué mayor gloria, qué más hermosa diadema puede ceñir mi frente, sino el haber permitido que, a través de estos mis pobres versos y palabras, Jesús crucificado comunique al mundo el misterio de su amor!

## En la fe de la Iglesia

**N**os acercarnos al misterio de Jesús crucificado dentro de la fe de la Iglesia, junto a tantos hermanos nuestros creyentes –una inmensa nube de testigos nos acompaña– que así lo contemplan e invocan; quienes, sobre todo, sufren la misma cruz, el dolor del abandono, la muerte. Acompañamos a Jesús crucificado. Quere-

mos decir que acompañamos, por tanto, a todos estos hermanos nuestros, sin excluir a nadie. Profesamos con corazón unánime nuestra fe cristiana y hacemos un acto de comunión con toda la Iglesia de Dios.

Nosotros hemos recibido de nuestra madre Iglesia este vivo tesoro de la fe en nuestro Señor Jesucristo, muerto y resucitado. En el seno de la Iglesia lo vivimos, lo celebramos y confesamos.

Acudimos a la certeza que nos da la fuerza de la Palabra de Dios. El apóstol Pablo, aunque se reconoce indigno del nombre de «apóstol», se siente un eslabón más en una larga cadena de la tradición eclesial. Es testigo privilegiado de Jesucristo, y comunica generosamente lo que gratis ha recibido. Los cristianos hemos heredado el don de la fe, que se expresa en pocas pero sustanciales palabras. He aquí la formulación del credo más antiguo de nuestra Iglesia:

«Porque yo os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fe sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras» (1 Cor 15,3-4).

Por la historia sabemos que Jesús murió en la cruz. De su veracidad apenas se discute hoy. «Sin su muerte en cruz, Jesús no habría sido histórico» (Wellhausen). Y Jesús murió por crucifixión. La muerte en cruz no sólo era un tormento «especialmente cruel y horrible» (*crudelissimum taeterrimumque supplicium*; Cicerón), sino una pena humillante: era el castigo infligido a los esclavos (*servile supplicium*; Tácito). Recuérdese la crucifixión que impuso Roma para castigar al esclavo Espartaco. A pesar de la aureola con que después se ha enaltecido, la cruz significaba la muerte más denigrante. Entre los ciu-

dadanos romanos, «la idea de la cruz tiene que mantenerse alejada no sólo del cuerpo, sino hasta de los pensamientos» (Cicerón); ni siquiera estaba bien mirado hablar de la cruz. Y Jesús fue ajusticiado con el castigo público de la crucifixión.

Este hecho de pena capital, su muerte en cruz, resulta humillante e indignante, rebaja hasta los degradados límites de la repugnancia la dignidad del Maestro. ¿Qué religión, a lo largo de la historia universal, ha osado presentar a su fundador como un reo condenado al suplicio, ejecutado en un maldito madero?

Gracias a la fe de la Iglesia, guiada sabiamente por Dios, sabemos algo más decisivo, para nosotros transformante y salvador: no sólo que Jesús murió, sino que murió por nuestros pecados, a saber, para quitarnos la condena de la muerte y darnos la plenitud de la vida divina.

Es preciso ponderar un gran milagro. Únicamente el Espíritu Santo, que asiste a la Iglesia y la conduce desde las sombras hacia la luz plena de la verdad, ha hecho posible este cambio de mentalidad y de sentido. Sólo el poder iluminador que brotó de la presencia del Resucitado pudo inspirar las mentes y los corazones de los primeros cristianos para contemplar la Pasión de Jesús dentro de los designios de Dios y como un paso necesario hacia la gloria: «Entonces abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: “Era preciso que el Mesías padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados”» (Lc 24,45-47). Detengámonos unos instantes en este proceso de esclarecimiento de nuestra fe cristiana.

El relato de la Pasión ocupa en cada evangelio un lugar importante y en cierto sentido desproporcionado, aunque a nosotros, lectores ya tardíos, nos resulte totalmente normal tal desmedida. Pero conviene recordar que los evangelios han sido redactados después de la resurrección de Cristo y por personas que, viviendo en la atmósfera radiante de este acontecimiento glorioso, tenían conciencia de ser «testigos de la resurrección» (cf. Hch 1,22; 2,32; 3,15; 1 Cor 15,14).

No era de esperar tanta insistencia en la escenas dolorosas de la Pasión; antes al contrario, una acentuación en la dimensión «positiva» de la vida pública de Jesús: sus milagros portentosos, su enseñanza con autoridad o, más tarde, sus apariciones. La Pasión podía ser narrada, sí, pero a modo de un breve paréntesis lamentable, que, gracias a Dios, no tuvo consecuencias irreparables.

Así «debería escribirse» la secuencia ideal de los relatos de la vida de Jesús, y también así se respondería a la inclinación natural del corazón humano, que busca continuamente rehuir la dureza de la existencia y refugiarse en un mundo irreal e ilusorio. De este modo se ha escrito toda la literatura de ficción a través del tiempo. Así se redactaron las antiguas proezas de los héroes en los mitos paganos. Así se compusieron las vidas de los santos, repletas hasta el hartazgo del alarde de los milagros y ejemplos edificantes, tan grandiosos que resultaron a la postre admirables pero nunca imitables. Tanto énfasis en la Pasión (se ha dicho –M. Kähler– que «el evangelio es la historia de la Pasión con una larga introducción») demuestra que el mensaje cristiano no es una invención legendaria que trata de olvidar «el duro espesor de la vida y de la realidad».

La cruz de Jesús no escamotea la fuerza corrosiva de los hechos: la presencia devastadora del mal, las insidias humanas, la envidia, la traición, la cobardía (de toda esta perversa amalgama se fraguó la historia de la Pasión)..., aunque tales elementos se revelen incomprensibles e insoportables. La cruz se nos muestra como un combate a muerte contra el mal; manifiesta de forma inaudita la entrega que Jesús hizo de la propia vida. Revela asimismo el desenlace de toda vida cristiana tomada en serio y llevada hasta sus últimas consecuencias.

La Pasión de Jesús se presenta no como una creación literaria inédita, debida a la exclusiva individual de cada evangelista, sino a la manera de una proclamación eclesial, de una confesión de fe (cf Jn 21,24). Así la leemos y la contemplamos. Así queremos fielmente adentrarnos en su misterio: «La Pasión de Jesús es el tesoro de la Iglesia, y es la Iglesia quien nos lo presenta» (A. Vanhoye).

La resurrección de Jesús ilumina, desde dentro, este combate y da valor al sacrificio generoso; confirma que la vida no acaba fatalmente en el absurdo sin sentido de la muerte, en el olvido de una tumba ignorada. La luz de la resurrección revela el alcance de la Pasión de Jesús y engrandece el valor de toda entrega generosamente vivida, «des-vivida» por los demás...

El amor de Jesús ha sido capaz de operar este vuelco trascendental; hacer del ludibrio y la vergüenza de la cruz el motivo máximo de su gloria; sólo su amor ha sido el artífice de tan radical cambio transformador.

En estos sonetos, el Señor comunica, mediante la rica virtualidad de los registros humano-divinos de la palabra del Evangelio y del arte del verso, su amor a la

Iglesia, a cada uno de nosotros. Evidencia vivamente hasta qué extremo ha amado a la Iglesia y cómo su amor le ha llevado a la cruz y a la muerte. Quiere que el cristiano vea y oiga para que, viendo y oyendo estas señales y palabras, crea en su nombre y tenga la vida eterna (cf. Jn 21,24).

Este amor entregado de Jesús y esta vida ofrendada no se marchitan en un estanque cerrado; se difunden vigorosamente por medio de la práctica sincera del amor fraterno: «En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos» (1 Jn 3,16).

Ojalá que, al final de la lectura del presente libro, pudiera cada lector vibrar con los hondos sentimientos de Pablo cuando, afianzado el apóstol en la roca inmovible de su fe en Jesucristo, desafía al tiempo, a la vida, a la muerte, al poder humano y sobrehumano, y afirma retadoramente con un grito de victoria:

«Porque estoy convencido (*«pepeismai»*, escrito en perfecto griego, lo que indica una certidumbre sólidamente arraigada, exenta de cualquier duda, y que persevera con firmeza) de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro» (Rm 8,38-39).

Quien tiene esta fe en Jesucristo, muerto y resucitado, quien –sólo gracias a Dios posee la serena convicción que otorga la fe– ha pasado de la muerte a la vida, ha vencido al mundo y su malicia:

«Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es *nuestra fe*. Pues ¿quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Éste es el que vino por el agua y la sangre: Jesucristo» (1 Jn 5,4-6).

Así pues, dentro de la fe de nuestra madre Iglesia, con la que íntimamente comulgamos, nos acercamos a la cruz de Cristo para escuchar de sus labios y de su corazón abierto sus mismas palabras: «Los sonetos de Jesús crucificado.»

## Estructura del libro

La disposición del libro no es compleja ni complicada; trata de reproducir los acontecimientos dolorosos que padeció Jesús en la cruz. Los sonetos se hallan insertos dentro de las siete célebres palabras.

El libro-poemario, por tanto, sigue básicamente la estructura del sermón de las siete palabras, que tantas veces hemos escuchado en la tarde del Viernes santo. Pero ¿por qué siete y sólo siete palabras? Quiero pensar que el número siete –como ocurre con frecuencia en la Biblia– es una cifra simbólica; significa la plenitud, la perfección, la suma de todas las palabras.

Se presentan cuarenta sonetos. De nuevo idéntica interrogación: ¿por qué cuarenta? Respondo en seguida y con llaneza que son cuarenta porque así nacieron con espontaneidad, justamente con ese número exacto. ¿Por qué una familia tiene tres hijos, otra dos...? Son

preguntas sin respuesta. No indagemos demasiado en las razones de un corazón que canta de amor y que llora arrepentido. Por otra parte, cuarenta resulta una buena cantidad. No parecen muchos, pero tampoco son escasos. Además, cuarenta es también una cifra simbólica. Cuarenta años estuvo el pueblo de Dios peregrinando errante por el desierto; cuarenta días estuvo asimismo Jesús tentado en el desierto. Cuarenta es, en definitiva, tiempo de prueba y de tentación; cada uno da la talla exacta de sí mismo, se define ante Dios y los hombres.

En estos cuarenta sonetos, Jesucristo se nos muestra tal cómo es él en su hondo misterio; se nos revela lleno de divinidad y de humanidad, Dios y hombre verdadero, y nos grita hasta la saciedad y el paroxismo que ha subido a la cruz, y que ha muerto por nuestro amor, para quitarnos el pecado y darnos su vida eterna.

Al ubicarse los sonetos dentro de las célebres siete palabras de Jesús, se sitúan en una estructura tradicional. Esta articulación les otorga un marco asequible para la piedad cristiana, y que cualquier lector puede en seguida reconocer.

Pero se hace precisa una aclaración. Las siete palabras no deben entenderse en sentido restringido, estricto, sino como dilatados marcos de referencia, copiosos motivos teológicos que engloban los diversos sonetos que se sitúan por su afinidad temática dentro de tal ámbito. Son, pues, amplios rótulos que cobijan generosamente los diversos sonetos relacionados con el tema que anuncian las palabras-epígrafes.

Pues bien sabemos que junto a estas siete palabras se encuentran otras muchas «palabras» o gestos asimismo elocuentes de Jesús en la cruz, como el derramamiento



de agua y sangre, o que surgieron del silencio del Crucificado, pues la «Palabra ha brotado del silencio» (san Ignacio de Antioquía).

Dos sonetos al principio (prólogo) y dos al final (epílogo) enmarcan el conjunto.

Todo el poemario se presenta como una emotiva homilía –*homilía* quiere decir «conversación»– o sermón de Jesús en la cruz. «El alma tiene Jesús / en sus santísimos labios», escribió el arrepentido Lope de Vega, que tan hermosamente cantó la pasión de Jesús; y no se puede expresar mejor la hondura de las palabras de Jesús en la cruz.

Es su último discurso de despedida, o de «hasta luego» (porque su palabra última no es la muerte) a todo hombre o mujer que se acerca con fe a la cruz, o que se halla clavado en alguna de las muchas cruces de muerte o herido por las cornadas de la vida.

## Expresión literaria: sonetos

**E**n cuanto a la forma, he adoptado de manera sistemática una de las más clásicas y célebres estrofas en la historia de la literatura española –de tanta raigambre en la poesía mística–: el soneto. Puede parecer en principio una severa cárcel para la inspiración, una jaula demasiado estrecha para el vuelo de los versos. Pero su equilibrada arquitectura obliga a contener la emoción que clama en estado puro; a modelar y ceñir el ímpetu repentino, que debe condensarse para decir, con el tono

justo, la belleza de una oración, la súplica vehemente de un deseo, el grito febril del corazón...

He intentado previamente el empleo de otras formas expresivas, poéticas, en la búsqueda del más idóneo cauce de comunicación. Tras varios ensayos estériles me decidí felizmente por el soneto. Creo que ha sido una opción acertada.

He seguido fiel a la métrica y rima del soneto clásico, y también fiel a la libertad que depara su uso entre los poetas modernos, pero siempre ajustada al canon de catorce versos, distribuidos en dos cuartetos y dos tercetos. Los seis versos de los tercetos se combinan según el arbitrio del poeta, con dos o tres rimas. Las posibilidades combinatorias, pues, son grandes (entre otras autoridades, lo reconoce Lázaro Carreter).

El soneto es una composición poética que admite muchas fluctuaciones: soneto terciario, tetralingüe, de trece versos, trisílabo, truncado, de versos blancos, de versos enlazados, con versos de vuelta, sonetillo o soneto octosílabo.

La versatilidad del soneto, embridada siempre dentro de sus límites normativos, resulta sorprendentemente fecunda<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Puede consultarse este notable estudio sobre el soneto: *El soneto y sus variedades (Antología)*. Selección y edición de M. López Hernández, Salamanca 1998. Se presentan sus variantes ocurridas a lo largo de las etapas literarias más señaladas, que son fundamentalmente éstas: el siglo XV, el Renacimiento, el Siglo de Oro, los siglos XVIII y XIX, el modernismo, el postmodernismo y, por fin, el soneto en la época actual.

Puede verse también una amplia información en T. Navarro Tomás, *Métrica española*, Madrid-Barcelona, 1978, pp. 252.306.350.400.472.

Actualmente se tiende al modelo de cuartetos abrazados –ABBA, ABBA–, pero los tercetos –normalmente dispuestos de esta manera: CDE; CDE– admiten toda clase de arreglo. Así aparece cultivado por Vicente Alexandre, Dámaso Alonso, Rafael Alberti, García Lorca, Gerardo Diego, Leopoldo Panero, Miguel Hernández y otros.

«Anhelante arquitecto de colmena, / voy labrando celdilla tras celdilla / y las voy amueblando de amarilla / miel y de cera virgen morena.» Con este afán labrador arrancan los primeros versos del soneto de Gerardo Diego titulado justamente *Soneto mío*. Con semejante anhelo y paciencia he ido, también yo, llenando de «miel y cera» esta arquitectura de íntimas emociones sagradas: *Los sonetos de Jesús crucificado*.

## Sonetos en un contexto

Pero el presente libro no es un rosario de sonetos (así rezaría el título abreviado de un conocido libro de Miguel de Unamuno), no es una larga retahíla de poemas alineados uno detrás de otro, sino que tiene la particularidad de «situar» y «ubicar» los sonetos dentro de un ámbito propicio, a saber, dotarlos de un comentario que lo encabeza y prepara. Dicho comentario no quiere –y aunque lo pretendiera, resultaría vano empeño– explicar el soneto, pues todo poema es –ya lo sabemos–, de por sí, inefable e inexplicable.

Esta exposición (o hábitat natural) permite crear el clima cordial para que los sonetos puedan ser leídos y

contemplados. Ofrece unas líneas para ambientarlos en el contexto nutricional de la Palabra de Dios, en la tradición del pueblo de Dios, dentro de la fe cristiana.

La mayoría de las veces –mayoría absoluta– son comentarios a las escenas de los evangelios relativas a la Pasión de Jesús. Pero evitan el dato frío, la erudición seca, el academicismo. Son paráfrasis evangélicas, líneas que ofrecen la unción y la sabiduría con que la Palabra de Dios habla del misterio de la muerte de Jesús. He intentado conjugar y reconciliar al profesor de Biblia con el poeta.

Aparecen también con profusión pasajes antológicos de los santos padres. Admito que me he hecho tierra de fatiga. Me he aventurado en un paisaje tan vasto como atrayente. He indagado con paciencia entre su inmensa producción escrita, he realizado una larga tarea de exploración y búsqueda; al fin, he podido recoger de su campo abundantemente sembrado una apretada recolección y, de tan granada cosecha, seleccionar las mejores y más maduras espigas de sus escritos espirituales. El lector comprobará maravillado cómo estos escritos de los santos padres sintonizan con extraña connaturalidad y actualidad con la Palabra del Evangelio de la cruz. Debidamente colocados en una perspectiva estratégica, le ayudarán a una profundización de su fe y a su apertura al misterio de Cristo.

También nos acompañan otros escritores espirituales –no importa su condición ni su patria o filiación– que se han destacado por transmitir con veracidad creíble y conmoción el misterio de Jesús, el enigma del dolor humano, la soledad, la muerte...

Toda esta «compañía», este variopinto cortejo de pa-

sajes de la Sagrada Escritura, lecturas, testimonios..., orgánicamente fraguados, va conformando un acompañamiento idóneo y acogedor, un ambiente vital, que sólo pretende ayudar –nunca servir de obstáculo o interferencia– a un encuentro más pleno y personal, siempre íntimo, entre el poema de Cristo crucificado y el lector.

Con el empleo de este recurso pedagógico –poemas más un comentario– estoy adoptando la pauta didáctica que tan magistralmente empleó san Juan de la Cruz, quien fue a la vez autor de versos y comentarista esclarecedor de sus poemas en algunos de sus más insignes libros.

## “Sonetos de Jesús crucificado” y sus fuentes

Ya afirmaba Eugenio d’Ors que todo lo que no es tradición (especialmente en poesía) resulta un plagio. Este libro ha bebido en el venero fecundo de fuentes viejas y nuevas. Ha bebido sobre todo en la asidua lectura, meditación y contemplación de la pasión y muerte de Jesús en la cruz, referida por los cuatro evangelios y, también, los restantes escritos del Nuevo Testamento. De aquí ha sacado el agua más viva y verdadera. No podía ser de otro modo. También se ha inspirado en el contexto amplio de la Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento, pues toda la Sagrada Escritura es una larga preparación que culmina en el misterio de la muerte y resurrección de Jesús.

Nosotros somos herederos de un pasado glorioso, de

un pueblo que ha vivido el misterio de la Pasión de Jesús con hondura, a través del mensaje de la mística y de la imagen, ambas fecundamente hermanadas. Nos hallamos enraizados en suelo español, inmersos en este contexto vital, imbuidos y troquelados por él. No podemos renunciar a tanta riqueza espiritual y estética que nos ha sido dada, en la que por necesaria ósmosis respiramos y existimos.

Hemos presenciado innumerables procesiones de la Semana santa, escuchado múltiples sermones, leído libros... Guardamos, pues, en nuestra retina y memoria ancestral, desde la más lejana infancia, los dolorosos pasos de Jesús y su Madre en la Pasión. Nuestro hondo sentir está influido por esta herencia, alimentado por tan añeja tradición.

La Pasión de Jesús, por nosotros recibida e intensamente vivida, posee las notas de la humanidad y del realismo, las características peculiares de la visión plástica y de la representación vigorosa. Sentimos la emoción ante la tragedia del Calvario. Van de la mano los escritos de nuestros místicos como san Pedro de Alcántara o fray Luis de Granada... con las imágenes expresivas de la escultura española.

Hagamos, pues, un somero ejercicio de memoria histórico-espiritual. San Pedro de Alcántara describe la llaga del costado de Cristo. Véase con qué riqueza ornamental y acierto de paralelismos bíblicos decora su comentario: «¡Oh, río que sales del paraíso y riegas con tus corrientes toda la sobrehaz de la tierra! ¡Oh, llaga del costado precioso, hecha más con el amor de los hombres que con el hierro de la lanza cruel! ¡Oh, puerta del cielo, ventana del paraíso, lugar de refugio, torre de for-

Tú dices: «Mi señor me ha abandonado» . . . . .	103
Más hondo que el dolor de mi costado . . . . .	107
Mírame en esta cruz: ¡dame tu mano! . . . . .	111
 QUINTA PALABRA . . . . .	 115
Tengo sed. . . . .	117
Tu Cristo soy: Dios y hombre verdadero. . . . .	123
Sangre y agua me brotan del costado . . . . .	127
¿Quién podrá apagar ya mi desvarío? . . . . .	131
Esta vida que estalla del costado . . . . .	135
Mil muertes por ti padecería . . . . .	137
Naciste de un Adán crucificado . . . . .	139
Porque te amaba . . . . .	143
Ven, amor, a probar la santa cena . . . . .	147
Toma la rosa de mi pecho . . . . .	149
¿Quieres probar mi ardiente cáliz? . . . . .	151
 SEXTA PALABRA . . . . .	 155
Consummatum est! . . . . .	157
¡Consumado amor! . . . . .	161
Soy un hombre, soy Dios y soy un reo . . . . .	165
«¡Ven!», te grita mi sangre. . . . .	167
¡Cuánto te quiero, amor, ay, amor mío! . . . . .	169
 SÉPTIMA PALABRA. . . . .	 173
Vuelvo a ti, Padre . . . . .	175
Mi victoria es más firme que la muerte. . . . .	177
¿No te basta la sangre de un Cordero? . . . . .	181
Ya no me queda más con qué quererte . . . . .	185
¡Muerte, estás de muerte herida! . . . . .	189
 EPÍLOGO . . . . .	 193
¡Ay, si pudieras...!. . . . .	195
¿Qué más podría hacer tu Dios por ti? . . . . .	199